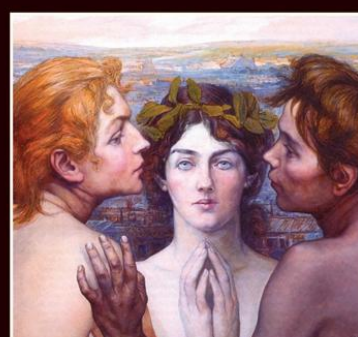




Visita

al territorio de

Mihail Sebastian



MIHAIL SEBASTIAN

Mujeres

Traducción e introducción de Marian Ochoa

I
IMPEDIMENTA

Renée, Marthe, Odette

No son todavía las ocho Ștefan Valeriu lo sabe por la marca del sol, que no ha llegado más que al borde inferior de la *chaise-longue*. Nota cómo sube por la barra de madera, cómo envuelve sus dedos, la mano, el brazo desnudo, caliente como un chal... Pasará un rato —cinco minutos, una hora, una eternidad— y en torno a sus párpados cerrados habrá un centelleo azulado con vagas líneas plateadas. Entonces serán las ocho y se dirá, sin convicción, que tiene que levantarse. Como ayer, como anteayer. Pero se quedará así, sonriendo al pensar en este reloj solar que ha construido desde el primer día con una *chaise-longue* y un rincón de la terraza. Siente su pelo arder al sol, áspero como el cáñamo y piensa que, al fin y al cabo, no es una gran pérdida haber olvidado en París, en su habitación de la rue Lhomond, la botella de brillantina Hahn, su única pero suprema coquetería. Le gusta pasarse los dedos por ese cabello enredado, del cual, por la mañana, no ha conseguido el peine soltar más que unos tres remolinos, ese pelo que siente tan rubio por lo áspero que resulta entre sus dedos.

Debe de ser muy tarde. Se han oído hace poco unas voces por la alameda. Desde el lago ha gritado alguien, una voz de mujer, quizá la inglesa de ayer, la que lo contemplaba mientras nadaba a estilo libre y se maravillaba de esa lucha con el agua, ella, que no conocía más que la braza.

Ștefan columpia la pierna por encima de la barra de la silla y busca por la hierba, sin calcetines como está, restos de humedad.

Conoce él, hacia la izquierda, no lejos, junto a los arbustos, un sitio donde el rocío permanece largo rato, hasta el mediodía. Así. El cuerpo que arde somnoliento al sol y esta sensación de frío vegetal.

El lunes por la noche, cuando bajó al comedor de la pensión después de —apenas llegado de la estación tras un largo viaje— cambiarse rápidamente de camisa, la serbia parlanchina de la mesa del fondo dijo en voz alta, para todo el mundo:

—*Tiens, un nouveau jeune homme!*^[*]

Ștefan le estuvo doblemente agradecido. Por *nouveau* y por *jeune homme*. Había sido viejo una semana antes, al salir de su último examen de médico residente. Viejo, no envejecido. El cansancio de las noches sin dormir, las mañanas de hospital, las largas tardes en la biblioteca, las dos horas de examen en una sala oscura ante un profesor sordo, la gruesa ropa de invierno, el cuello que le parecía sucio... Después, el nombre de este lago alpino que encontró por casualidad en una librería, en un mapa, el billete de tren comprado en la primera agencia de viajes, el recorrido por los grandes almacenes, un pulóver blanco, un pantalón gris de algodón, una camisa de verano, la partida como evasión.

Un nouveau jeune homme.

*

No conoce a nadie. Algunas veces le han dirigido la palabra de pasada, pero él ha respondido de forma evasiva. Ștefan recela de su acento inseguro y le resultaría desagradable traicionarse como extranjero desde el primer día. Después de comer se escurre rápido por entre las mesas, ausente, casi enfurruñado. Los demás lo podrían considerar huraño. Él es solo perezoso. Arriba, en la parte trasera de la terraza, empieza el bosque. Allí hay un trozo de tierra con hierba alta, densa y elástica. La aplasta toda la tarde con el peso de su cuerpo dormido y al día siguiente la vuelve a encontrar entera brizna a brizna. Está tumbado en el suelo, con los brazos estirados a ambos lados, con las piernas extendidas, con la cabeza

hundida entre las hierbas, vencido por una fuerza contra la que le gustaría luchar.

Ha saltado una ardilla de un avellano a otro. ¿Cómo se dirá ardilla en francés? Hay un inmenso silencio... No. No hay un inmenso silencio. Eso es de algún libro. Hay un inmenso barullo, un inmenso vocerío zoológico, grillos que cantan, saltamontes que se agitan, escarabajos que chocan en el aire, golpeando ruidosamente sus alas y cayendo a continuación con un sonido denso, como de plomo. En medio de todo esto, su respiración, la de Ștefan Valeriu, es un detalle menor, un signo irrisorio de vida, irrisorio y capital como el de la ardilla que ha saltado, como el del saltamontes que se ha detenido en la punta de su bota creyendo que es una piedra. Qué bien está saberse aquí, un animal, un ser vivo, un bicho insignificante que duerme y respira bajo un sol que es de todos, sobre un trozo de tierra de dos metros cuadrados.

Si le apeteciera pensar, ¿qué pensaría un grillo sobre la eternidad? Y si, por casualidad, la eternidad tuviera el sabor de esta sobremesa... Se ven abajo, en la terraza de la pensión, sillas, chales, vestidos blancos. Y, más lejos, el lago azul, transparente, idílico. Una postal.

La tarde es fría, azul, llena de sonidos apagados que vienen desde la ciudad, al otro lado del lago, más allá de donde se ven las lejanas luces eléctricas. Es jueves y en el parque municipal hay un concierto militar. Casi toda la pensión ha ido en el barquito de las 8.27. Ștefan Valeriu se ha quedado. Todo el valle, que se ensancha ante la terraza, es de un azul profundo.

—Señor, ¿sabe jugar al ajedrez?

—Sí.

¿Por qué ha respondido «sí»? Habría sido tan sencillo decir «no», y ahora estaría fuera, libre para continuar con su paseo por la terraza. Un «sí» precipitado y helo ahí, en el *hall*, ante la tabla de ajedrez, condenado a estar atento. Su compañero es un hombre alto, huesudo, moreno, de edad indefinida y feo. Juega despacio, calculadamente.

—¿Usted no ha ido al concierto?

—No.

—Yo tampoco. Mi esposa deseaba ir a toda costa y la he dejado. Pero yo...

Ștefan ha perdido una torre pero ha organizado en la esquina izquierda del tablero un ataque al rey muy ajustado.

—¿Es usted del Midi?

—No. Soy rumano.

—¡Imposible! Habla como un francés. O quizá no esté yo acostumbrado al acento de aquí. Porque yo tampoco soy de

Francia. Soy tunecino.

—¿Tunecino?

—Sí. Bueno, francés de Túnez. Tengo allí unas plantaciones. Mi nombre es Marcel Rey.

El ataque de Ștefan ha fracasado y, como entretanto se había dejado arrasar todo su campo, da por perdida la partida. Además, vuelven de la ciudad los que habían ido al concierto. Se ha oído la sirena del barquito en el embarcadero. Han salido al patio a esperarles. Muchas voces alegres, exclamaciones, apretones de mano, saludos ruidosos.

—¡Ay, Marcel, si supieras qué bonito ha sido...!

—Renée, mira, un señor que puede ser un amigo. Mi esposa.

Es una mujer alta, delgada. No se le ven, en la oscuridad, más que los ojos. Una mano pequeña y fría que no dice nada.

*

Han hecho una pequeña excursión a Lovagy para visitar un castillo. Van los tres. Marcel Rey, su esposa y Ștefan. También está Nicole, la niña de los Rey. Han andado mucho, se han reído, se han fotografiado. El señor Rey tiene una cámara pequeña con la que a veces filma escenas que después envía a París para ser reveladas.

—Renée, ponte ahí con el señor Valeriu. Más lejos, en la luz. Así, reíd, hablad, que haya movimiento.

—Si hay que hacer una escena de película —susurra Valeriu—, yo preferiría, señora, una de amor.

Ha hecho el comentario como de pasada, con indiferencia, para poder convertirlo fácilmente en una broma si es necesario.

Renée sonríe como por casualidad y no responde nada. Ștefan juega con los bucles de Nicole. El señor Rey filma.

*

Conoce toda su historia. Nacieron ambos en Túnez, en familias de antiguos colonos de una ciudad pequeña. Él ya había venido otra vez a Francia, en 1917, para recibir una bala en el hombro dos horas después de entrar en la trinchera y para ser reenviado a casa una semana después de la partida. Ella no había salido hasta ahora de Túnez. Se casaron en 1920, tuvieron una hija —Nicole— en 1921, compraron un viñedo en 1922, una plantación un año más tarde y después dos cada año. Djedaida, su ciudad, queda a cincuenta kilómetros de Túnez. Una pequeña población de europeos rodeada por oscuras tribus nativas que se hacinan en los arrabales cuando hay sequía y se pasean por las callejuelas lanzando miradas agresivas. Entonces los Rey duermen con la escopeta junto a la cabecera. El sábado por la tarde, cuando se paga a los trabajadores de las plantaciones, Renée se queda junto al teléfono para poder pedir a tiempo ayuda a Túnez, si fuera necesario.

Relata todo esto lentamente, sin interés, un poco cansada, y Ștefan Valeriu tiene que preguntar tres veces antes de recibir una respuesta.

—¿Me quieres dar ese chal de ahí? Tengo frío.

Él se lo alcanza por encima de la *chaise-longue* y, al querer colocárselo, su mano se detiene como por descuido en la rodilla de ella. Renée da un respingo, asustada, y grita sin motivo: «¡Nicole, Nicole!».

*

Por la noche, Ștefan responde una carta recibida desde París: «No he conocido a nadie. Solo una familia de tunecinos: él es un buen jugador de ajedrez, y ella, una esposa virtuosa. No creo que haya nada que hacer con este matrimonio».

*

Ha soltado una barca del pontón de la pensión, ha remado hacia el centro, desde donde el desfiladero de las montañas se ve simétrico, ha echado el ancla y se ha tumbado en el fondo de la barca, con los remos abandonados a merced de las olas. Tiene pereza, una pereza simple, sin tristeza, tranquila como una vasta ausencia. Cierra los ojos. El sol lo baña por entero.

Hace un momento, en el hall, ha vuelto a ver a la pareja joven que ha llegado recientemente a la pensión y que ha ocupado la habitación aislada del patio, lejos de todo el mundo. Viaje de novios probablemente. Ella es encantadora. Ha bajado con timidez, con una huella de descuido en su vestimenta y Ştefan ha imaginado, por sus ojos, la noche tan ardiente que ha debido de pasar. Se diría que arrastra por toda la casa un aroma de alcoba, de almohadas calientes, sensuales, con un cuerpo de amante dormida, con una luz matinal difusa que te sorprende amando.

—¡Insoportable! ¡Es contagioso! ¡Hay que poner una queja!

Ştefan habla en voz alta, solo. Le responden un ojo de agua que choca con la barca, el grito lejano de una nadadora, el reloj de Saint François de Salle que da las diez en la ciudad.

III

Hay en la terraza, en un rincón apartado, una pareja que le intriga. Los ha visto apenas hoy, pero quizá estén aquí desde hace más tiempo. Hay algo glorioso en la belleza de la mujer, que no es mayor todavía. Treinta y cinco años, quizá. O más. Alta, tranquila, con rasgos firmes, con una sonrisa que no es una sonrisa sino un gesto de relajación de la cara. El hombre que está a su lado es un chaval. No parece pasar de los veinte años. Se sienta en el suelo, sobre la hierba, junto al sillón de la mujer y habla rápido, con agilidad, con gestos menudos. Ella le escucha solo a medias y le pasa la mano por el pelo, acariciándolo.

¿Amante? ¿Esposo? ¿Gigoló? Algo de cada, piensa Ștefan Valeriu, que descubre en él un súbito sentimiento de envidia, quizá de humillación, él, un animal salvaje, de veinticuatro años, fuerte, descansado y solo, esperando, sin saber de dónde, una pasión que no llega.

—¿Quieres cantar una canción, Nicole?

—Sí.

*

Es muy tarde. Todo el mundo ha ido a acostarse. Ștefan Valeriu está esperando solo en la terraza.

—Joven, el sueño es mejor que las estrellas —le ha gritado hace poco, al irse a dormir, el señor Vincent, el marsellés gordo y jovial.

No ha respondido nada. Después de la cena, la mujer y su joven paje han bajado hacia el lago. No han vuelto aún. Ștefan ha seguido durante un rato el paseo de la pareja a lo largo del pontón: se ve bien su chal claro, ondeante, su pulóver blanco. Ahora ya no se distingue nada, pero van a volver y la noche es larga.

*

Una sacudida violenta. Una barca ha chocado contra la suya. Ștefan se ha incorporado sorprendido.

—¿Quién es?

—Yo.

Es el joven paje. Se ríe confundido, como si se alegrara por el encuentro, pero como si a la vez le pidiera disculpas por el accidente.

—Iba remando hacia atrás y no me he dado cuenta de que su barca estaba en el camino. Además, es mi primer paseo por el lago. ¿Está buena el agua?

—Sí. Lo está.

—¿Usted sabe nadar?

—Sé nadar.

—¿Me permite anclar también aquí?

—Sí.

Ștefan se ha tumbado de nuevo en el fondo de la barca, decidido a mostrarse distante. El otro ha pasado las piernas por el borde de su barca y juega con los pies en el agua, salpicando a lo lejos gotas blancas al sol.

Ștefan Valeriu silba.

—¿El *Bolero*?

—Sí. Ha callado de nuevo. El otro continúa silbando la canción comenzada por Ștefan. A lo lejos, arriba, en la terraza de la pensión, un vestido blanco ondea al viento como una bandera.

—*Hallo, hallo!...*

El joven paje hace gestos entusiasmado. Un brazo le responde con seriedad desde arriba.

—Decías que sabes nadar —interrumpe Ștefan este idilio que le pone nervioso.

—Sí, sé nadar.

—Pues vamos a echar una carrera. Hasta el último pontón, ida y vuelta tres veces, sin parar. El que gane manda al otro a la ciudad a comprar cigarrillos. He olvidado los míos en la habitación.

Necesita esta victoria. Siente que es estúpido lo que hace, que es infantil, que es mezquino, pero necesita humillar al otro, quitarle algo de esa gracia inconsciente que tiene. El joven paje acepta. Por un momento, los dos firmes al sol como dos espadas... Se han zambullido.

Podría dejar que se adelantara por unos instantes, podría ofrecerle la ilusión de una victoria y después, con dos brazadas bien dadas, alcanzarlo y adelantarlo. Pero no. Tiene que ser una victoria absoluta, clara, aplastante, de principio a fin. Ștefan va mucho más adelantado. El otro hace grandes esfuerzos. Oye cómo resuella, cómo frena el ritmo, cómo se vuelve de espaldas para respirar y descansar. Cinco metros de ventaja. Diez. Un millón. Ha ganado la carrera. El adversario sigue por atrás. Se oye desde la pensión la campana que llama a almorzar. El joven paje ha llegado por fin. Ștefan le ayuda a subir a la barca. Está enfurruñado.

—Han llamado a comer. Mamá debe de estar enfadada.

—¿Mamá?

—Sí.

—¿Por qué no me has dicho que es tu madre?

—Porque no me lo ha preguntado.

No le dice ni una palabra más. No tiene nada que decirle. Lo abrazaría si tuviera tiempo. Rema rápido, primero con una mano y luego con la otra, para, entre tanto, quitarse el bañador, secarse y vestirse. Ya en la orilla, amarra la barca al pontón con descuido y ayuda al joven paje a amarrar la suya.

—¡Venga!

Lo coge de la mano y sale corriendo sin mirar atrás. La cuesta hacia la pensión es dura, el sol del mediodía abrasa. Aún así. Tiene que llegar arriba cuanto antes.

—Vayamos un poco más despacio.

—No. ¿Cómo te llamas?

—Marc. Marc Bonneau.

En la puerta de la pensión está esperando el vestido blanco de hace un rato. Ștefan la ve y se detiene a un par de pasos, sorprendido por este encuentro. Apenas ahora se da cuenta de que debe de estar despeinado, sudado, con el cuello mal abrochado, y siente vergüenza ante esta mujer tan serena.

—Señora, quería pedirle disculpas por Marc. Ha llegado tarde por mi culpa.

—Muy mal. Dos horas de arresto para los dos. Y no beberéis ni siquiera un vaso de agua durante la comida. Mira cómo habéis sudado.

Le coge el pañuelo del bolsillo pequeño de la camisa y se lo pasa por la frente.

—¿Ve?

*

Las veladas son largas, monótonas. El señor Rey, el señor Vincent y Marc Bonneau juegan a las cartas. Marthe Bonneau y Renée Rey conversan. Ștefan Valeriu, refugiado tras la portada de un libro abierto, fuma.

—Señor Valeriu, Nicole ha ido a acostarse hace un buen rato. Es tarde para los niños. Haría bien en seguir su ejemplo.

—Un poco más, señora Bonneau, acabo un capítulo y me voy.

—Ay, los niños de hoy en día...

Ríe todo el mundo excepto Ștefan, que parece interesado en el libro y arquea una ceja en señal de concentración y de ausencia.

—El señor Valeriu —dice el grueso señor Vincent— está enfermo. Antes de ayer lo pillé en la terraza hablando con las estrellas. Esta mañana no ha ido al lago, y ahora miren cómo calla y no se enfada. Señales seguras, señor, señales seguras...

—Bueno, les ruego que lo dejen en paz y que no le molesten. ¿Acaso no soy yo su protectora, señor Valeriu?

—¡Por supuesto, señora Bonneau!

La mira directamente con una sonrisa sumisa, una forma inocente de mirar que le deja la libertad interior de acechar y de imaginar. ¿No esconde algún secreto esta bellísima mujer? Sus ojos grandes, bien trazados, parpadean poco y reparan en todo. Ningún momento de ausencia, ninguna sombra de melancolía. A veces, cuando pasa junto a Ștefan, apoya la mano sobre su hombro, un gesto que repetirá, un minuto más tarde, con Marc. Está segura de sí misma, quizá porque se siente protegida; protegida por su madurez, por la presencia de su hijo, por su belleza seria y contenida.

—¿Retendrán a Marc mucho más?

—Hasta que terminemos...

—Muy bien, pero ¿con quién voy a dar yo mi paseo nocturno?

—Con el joven Valeriu.

—¿De verdad? ¿Quiere acompañarme, señor Valeriu?

—Si puedo sobrepasar esta hora tan tardía, señora Bonneau...

—Tiene razón. Pero le damos una dispensa especial para esta noche. ¿Viene con nosotros, señora Rey?

—No, me temo que hace demasiado frío por el lago a estas horas.

Bajan los dos por la alameda que lleva de la puerta de la pensión hasta la orilla. Han callado bruscamente en cuanto han traspasado el umbral del *hall* al patio, sorprendidos por la inmensidad de la noche, que no imaginaban desde dentro. Apenas se ven, pero se saben el uno junto al otro por el ruido de las sandalias en la grava. A medida que se acercan al lago, la noche se hace menos compacta, como iluminada por las luces interiores del agua, luces que decaen

del verde al azul. Abajo, a lo largo de la orilla, hay un estremecimiento que no se sabe bien de dónde viene, del susurro del bosque, del viento que bate la orilla, tranquilo como un pulso, del sueño de las plantas de alrededor, de alguna barca que se mece tras soltarse del pontón. La señora Bonneau se ha apoyado en Ștefan Valeriu. No es una mano que ceda y se pierda, al contrario, es una mano firme, segura de sí misma, carente de sensualidad.

—Señora Bonneau, quería decirle que es usted muy hermosa...

—Y muy mayor.

—Quizá. Pero sobre todo muy hermosa.

Largo silencio.

—Bien, ¿y qué más?

—Nada más. ¡Eso es todo!

Pasa de vez en cuando algún automóvil que arroja directamente a su cara un cono de luz violenta y desaparece después en la primera curva de la carretera dejándolos un poco cohibidos, como la entrada de un desconocido en una habitación en medio de una conversación. Ștefan Valeriu observa este primer momento de timidez y lo anota entre sus victorias.

*

Marthe Bonneau está alojada en la planta baja, al fondo del patio. Desde su habitación, más arriba, en un ala oblicua del edificio, Ștefan puede controlar fácilmente su ventana sin resultar sospechoso. La ha visto hace poco, tras la comida, separarse del grupo de amigos y entrar en la casa. Se ha detenido en el umbral y les ha hecho a los que se quedaban un gesto de cansancio, un gesto de sueño. A continuación, ha abierto la ventana y ha cerrado los estores. Por un momento, sus brazos han brillado en la ventana con una luz mate.

Ștefan ha tomado una decisión antes de pensar bien qué va a hacer y a qué se arriesga. Baja rápidamente las escaleras, atraviesa el patio de unas cuantas zancadas, llama brevemente a la puerta y

la abre sin esperar a que nadie le responda. Va a decir lo primero que se le pase por la cabeza, no importa qué.

—¿No está Marc por aquí?

—Sabe muy bien que no puede estar aquí. Está en Grenoble. ¿No le acompañó usted mismo a la estación ayer por la tarde?

—Entonces...

—¡Entonces quédese, ya que ha querido venir y ha venido...!

Está tumbada en un sofá, junto a la ventana, y tiene en las manos un libro cerrado. Le ha respondido como si no le hubiera sorprendido su llegada.

—Acérquese y siéntese.

Ștefan se lleva mecánicamente la mano al cuello, como si quisiera arreglarse el nudo de una corbata imaginaria. Es curioso cómo siempre, en el mismo instante en que se encuentra ante ella, recuerda algún detalle de su ropa, inadecuado o descuidado, que le parece humillante en comparación con su aspecto sobrio, con su esmerada sencillez. Es, sobre todo, un mechón de pelo el que le pone nervioso al caer sobre la frente, e intenta una y otra vez colocarlo en su sitio, con la sensación de que eso le da, a todo su aspecto, un aire de abandono que debe de contrastar horriblemente con la ordenada belleza de ella, y que debe de disgustarle.

—Lo he contemplado hace un rato, antes de comer, mientras nadaba. Estaba con Renée Rey en la orilla y hemos gozado las dos del espectáculo. Nada muy bien.

—Señora, yo venía a hablar de algo completamente distinto.

Querría coger su mano bruscamente para simplificar las cosas, pero la duda de no saber si debe hacer o no ese gesto le hace espaciar las palabras, dubitativo. Ella lo mira con la misma sonrisa protectora y, de la forma más natural, es ella quien le coge la mano como si le dijera «¿Ve? Es muy sencillo, no hay que atormentarse por una tontería así».

—Mire, mire. Viene Renée Rey. Señora Rey, ¿no quiere hacernos compañía?

Y después, a Ștefan:

—Me gusta esta mujer. Como me gusta Marc, como me gusta usted. Son los tres jóvenes y eso es siempre bonito cuando has pasado, como yo, al otro lado de la vida.

*

Le ha pedido que la acompañe el domingo por la mañana a la iglesia de un pueblo cercano donde vieron, en otra ocasión, de pasada, unas curiosas vidrieras del siglo XVIII. Lleva un vestido negro, sin escote, y un sombrero de ala ancha bajo el que sus rasgos resultan más tranquilos si cabe. Está apoyada en una de las columnas del centro de la iglesia, con Ștefan a su derecha y Marc a su izquierda, ambos con sus trajes blancos de verano.

Ștefan Valeriu tiene, de repente —al imaginarse al grupo visto de lejos—, la sensación de que su único papel allí consiste en ser un mero detalle decorativo en un cuadro preparado de antemano. Esta iglesia elegida a propósito, las dos ancianas que están a su lado, arrodilladas, el vestido austero, el cuello desabrochado de sus camisas, la sombra fría bajo la cúpula...

—*Maman, que tu es belle!*^[*] —susurra Marc.

Por primera vez, Ștefan la mira con hostilidad, sin dirigir los ojos directamente hacia ella por temor a perturbar la pose, pero espiándola de reojo en su fingido recogimiento. ¡Cómo debe de haber calculado esta mujer el lugar exacto en el que se detendría, la columna en la que se apoyaría como por casualidad, la mano que dejaría medio enguantada porque el gesto de desabrochar el guante se vería sorprendido por el órgano, olvidado a medio camino! ¡Cómo debe de haber premeditado esa ligera caída de la cabeza hacia atrás, ese gesto de cansancio del labio inferior, que no tiene fuerza para sonreír, ese ligero estremecimiento de la nariz...!

—*Maman, que tu es belle!*

La señora Bonneau le responde a Marc apoyando la mano sobre su hombro. La otra mano se posa en el hombro de Ștefan. Por simetría.

Por un instante, le tienta la idea de separarse del grupo. Siente una aguda punzada de ofensa. Se desplaza un poco, imperceptiblemente, hacia la derecha, y la mano de ella, desorientada, cae.

*

Ștefan Valeriu lleva tres días de retirada estratégica. Desde el incidente de la iglesia no ha vuelto a encontrarse con Marthe Bonneau más que en grupo. La broma de cada noche ya no surte efecto.

—Señor Valeriu, Nicole ya ha ido a acostarse. Es tarde para los niños.

—Tiene razón, señora. Es tarde.

Se ha levantado, ha apagado el cigarrillo, ha cerrado el libro y les ha deseado a todos un educado y general «buenas noches». Los ojos de ella han buscado los suyos unas cuantas veces. Él la ha mirado como por casualidad y ha vuelto rápidamente la cabeza con el mismo respingo de excusa que se da cuando, sin querer, te sorprenden echándole un vistazo a la carta de un vecino. Ella le ha pedido unas cuantas veces que la acompañe a la ciudad o a hacer una corta excursión por los alrededores. Ștefan la ha rechazado con educación por motivos perfectamente loables:

—Lo siento, señora, lo siento. Les he prometido a unos amigos de Aix —¿recuerda a aquellos amigos rumanos que me encontré el sábado pasado en el lago?—, les he prometido ir a visitarlos. Si pudiera llamarles por teléfono, sería más sencillo. Pero un teléfono, en este lugar tan apartado...

Ștefan Valeriu conoce desde hace mucho tiempo el poder de esas educadas impertinencias. Se dice que, al final, la actitud suficiente de la señora Bonneau no podrá resistirlas. Parece que empiezan a asomar pequeños gestos de nerviosismo: una vaga sonrisa ofendida, una forma brusca de ponerse y quitarse los guantes, una indiferencia forzada cuando habla. Hace un rato, justo

tras el almuerzo, cuando se han levantado de la mesa y han salido al patio en grupos improvisados, la señora Bonneau, a la que Renée Rey había atrapado en una conversación que se prometía larga, lo había buscado con la mirada y había intentado hacerle un gesto para que la esperara, como si tuviera algo que decirle. Pero como él estaba ocupado en encenderse la pipa, ha considerado que podía permitirse no tomar en cuenta ese gesto demasiado discreto. Se ha alejado y, muy lentamente, ha empezado a caminar hacia el bosque, ascendiendo hacia el lugar donde solía retirarse. La señora Bonneau lo miraba desesperada sin saber cómo hacerle más explícito su ruego de que se quedara, pero sin poder hablarle abiertamente por culpa de la señora Rey, tan vehemente en su conversación. Ștefan había elegido, para hacer ver que no entendía el significado de sus indicaciones, su expresión más inocente. Repasa, ahora, desde este sitio escondido, la breve escena de antes y saborea con maldad todos los matices. Ríe abiertamente, sin modestia: ha ganado.

Finalmente, Marthe Bonneau se ha quedado sola. Lo busca con la mirada más allá de la verja de la terraza y lo divisa a lo lejos, quizá. Entonces se dirige hacia el bosque. Ștefan oye cómo susurra su vestido al rozar con los árboles. Tumbado como está sobre la hierba, clava bien los dedos en la tierra para estar seguro de su dominio.

—Apuesto, señora Bonneau, que ha pasado por aquí solo por casualidad.

—Si apuesta, pierde. He venido a verle.

Su respuesta es clara, imprecisa y torpe. La ironía de Ștefan Valeriu queda suspendida, sin sentido, como ocurriría con las expectativas de alguien que acude con una llave maestra a abrir una puerta para encontrarla ya abierta. La respuesta de ella —una sola respuesta— ha trastocado de golpe su victoria de tres días, como si hubiera ejecutado una sola y decisiva jugada de ajedrez.

—¿Puedo sentarme junto a usted?

Él, completamente tumbado sobre la hierba, ella solo a medias, con la cabeza apoyada en un avellano y dominándolo, por tanto, por el simple hecho de que puede mirarlo de arriba abajo. Ștefan lo nota y de esta diferencia —quizá fortuita, quizá imprevista— se hacen evidentes la actitud vigilante de ella, por una parte, y la libertad y la indiferencia de él, por otra. Y ríe, sin saber si tras su habilidad para encontrar siempre la actitud más digna y más segura, se esconde una estrategia o si se trata más bien de puro instinto. Sin embargo, estrategia e instinto son una misma cosa desde el momento en que es de esa capacidad suya para controlarse de donde mana su luminosa belleza, más luminosa aún al sol de esta sobremesa.

—No cabe duda, señora Bonneau: es muy hermosa.

—No, querido amigo. Solo muy serena. Aunque es cierto que a veces es lo mismo.

—Verbigracia, ahora...

—No, ahora no. Porque no estoy serena en absoluto: ¡parto mañana!

Ștefan querría decir algo pero le da miedo; querría ponerse en pie pero no está seguro de sí mismo. Cierra los ojos y espera.

—Parto mañana y me pregunto si no parto un poco tarde, demasiado tarde, tal vez...

—¿Eso significa...?

Ninguna respuesta durante un buen rato, ninguna sombra recorre su rostro, un rostro que Ștefan, al acecho, querría ver destrozado por el dolor reprimido. Las mismas líneas simétricas, la misma expresión segura que ilumina una sonrisa vigilante.

—¿Eso significa...?

—Eso significa que su paso por la terraza cada mañana, con su camisa blanca y el cuello abierto, con su nombre extranjero que nadie en la pensión sabe pronunciar correctamente, con su juventud decidida y confusa, con su vida desconocida, con los periódicos extranjeros que recibe, con las cartas que le llegan sembradas de sellos raros, con sus gestos huraños, con sus explosiones de

alegría, con su pasión por leer libros y por rodar por la hierba; significa que todo eso son imágenes agradables.

Ștefan coge su mano para besarla, pero la encuentra tan tranquila, tan sorprendida por su apretón febril, tan segura de sí misma que, sin poder soltarla por miedo a que parezca un gesto demasiado brusco y sin poder tampoco seguir agarrándola, le propone partir:

—Es tarde, señora. Nicole no se ha acostado todavía, pero es tarde.

IV

La escena de la estación ha sido la habitual: una típica escena de despedida en una estación de tren en la montaña al final de unas vacaciones, con repetidos apretones de mano, con exclamaciones de impaciencia, con reiteradas promesas de escribir y de volver a verse. Había venido toda la pensión a acompañar a Marthe Bonneau y todos se mostraban bulliciosos a su alrededor. Tan solo ella parecía tranquila, vagamente intimidada por las efusiones de los demás, como apurada por no poder mostrarse más comunicativa de lo acostumbrado. Acariciaba a Nicole y respondía con precisión a preguntas imprecisas.

En una esquina del andén, Marc hablaba animadamente con Renée Rey, y Ștefan Valeriu, al observar de pasada este detalle, se preguntó por primera vez si acaso no habría habido algo entre los dos sin que él, obsesionado por sus propias expectativas, se hubiera dado cuenta. Pero la idea no le preocupó más que un segundo, como de pasada, y la atmósfera festiva del andén, medio falsa, medio sincera, volvió a absorberlo. Al partir el tren, tendiéndole la mano por la ventana, la señora Bonneau le gritó:

—¡Lo esperamos en París! ¡Espero que venga a visitar a Marc!

Lo cual podía ser un secreto, dicho a propósito para él y entendido también solo por él. Aunque también podía significar simplemente: «Espero que venga a visitar a Marc».

«¡Ridículo!», decide Ștefan una hora más tarde, al volver, cuando se sienta solo en el patio de la pensión, paralizado ante cuatro

semanas más de vacaciones que le parecen desiertas de antemano. Y con ese «ridículo» decide poner fin a un incidente amoroso que ahora, en ausencia de la mujer, se le antoja fatigoso y lejano. Mira el calendario y comprueba que no es más que mediados de agosto. Busca en la guía qué castillo de los alrededores le queda por visitar, enciende su pipa y se marcha a dar una vuelta.

*

Por la noche, tras la cena, Ștefan se siente desconcertado por un momento: es, en buena medida, el sentimiento de saberse desocupado a una hora que hasta ayer tenía por costumbre pasar en el *hall*, junto a todos los demás. ¿Quién habrá ocupado el lugar de Marc en la partida de cartas? ¿Quién el de la señora Bonneau en la tertulia? Las ventanas del *hall* están abiertas, dentro se oyen voces familiares. Se ve, al trasluz, el humo azulado del tabaco. La terraza parece más grande que otras veces, la noche más profunda y los reflejos del lago a lo lejos tienen algo de fijo, de dominante. Está bien, está muy bien escuchar el sonido de los propios pasos en la tierra húmeda, toparse con los árboles de alrededor, apoyarse en la balaustrada de la terraza dominando todo el valle, no esperar a nadie y no desear nada.

Alguien ha salido de entre la hierba y se le ha acercado en silencio. Es Renée Rey. Oye su respiración cálida junto a él, cerca de su cara.

—¿Por qué estás triste?

Por un instante, Ștefan tiene la intención de responder sinceramente: «No estoy triste en absoluto». Pero antes de hablar, antes de pronunciar la primera palabra, su respuesta toma otros derroteros, casi sin su permiso:

—¿Por qué me lo preguntas? Lo sabes muy bien.

Los ojos de la mujer brillan intensamente.

—¿De verdad?

Y cae en sus brazos, buscando su boca, besándolo al azar, sin elegir, torpemente, como si no tuviera experiencia alguna. Pero pronto se detiene, recelosa:

—¿Y la señora Bonneau?

—¿La señora Bonneau? ¿No me has entendido? Era un juego, tenía que disimular, tenía que desviar tu atención, tenía que reprimir mis posibles imprudencias. Pero ahora, puesto que te has dado cuenta, he de irme...

—¡No, no, no! Tienes que quedarte aquí, para mí, conmigo. ¡Ah, si supieras, si supieras...!

Y vuelve a besarlo, con ímpetu e inexperiencia, mientras desde el *hall* la voz del señor Rey la llama para ir a acostarse. Es medianoche pasada y la partida de cartas ha terminado.

*

Por la mañana lo despierta, como de costumbre, un ruido de cencerros: unas cuantas vacas suben al monte por el sendero de detrás de la casa, bajo su ventana abierta. Durante unos instantes permanece con los ojos entreabiertos, remoloneando en el calor del sueño que ya ha terminado y adivinando, entre las pestañas, el sol que inunda la habitación, mezclado con el olor de la hierba húmeda y con los escasos gritos que se oyen fuera. Ha disfrutado de un sueño impetuoso, triunfador y completo, en el que sentía una especie de felicidad latente, como la que debe de sentir un trozo de tierra negra cuando nota el manantial que atraviesa su interior.

Ese aire íntimo de triunfo lo atormenta. Ștefan Valeriu no se conocía a sí mismo lo suficientemente bien. Una vez decidido esto, el pequeño golpe teatral de la noche anterior, que debería como mucho divertirle, le encanta. Eso es lo malo. «¡Soy un imbécil!» Se viste rápidamente, se calza las sandalias, se pasa un par de veces los dedos por el pelo y, con la camiseta de baño sobre los hombros, baja las escaleras. En el patio, la mañana es más radiante de lo que imaginaba: a lo lejos, el lago arroja unos reflejos prometedores.

—¡Señor Valeriu!

La llamada viene de algún sitio encima de él, y Ștefan tiene que mirar dos veces alrededor de la casa hasta descubrir en una ventana a Renée, medio escondida tras una cortina.

—Buenos días, señora Rey.

—¿No sube un momento a coger su libro?

—¿Qué libro?

—El libro que me prestó...

Ștefan vuelve a subir las escaleras, esta vez hacia la habitación de los Rey. La mujer lo espera tras la puerta, temblorosa, pálida, en camisón. Se acaba de levantar, se nota: la cama no está hecha. Ștefan la lleva en brazos hasta la cama y la lanza entre las almohadas.

—¿El señor Rey?

—Ha salido.

—¿Nicole?

—Ha salido.

—¿Cómo?

—Te quiero. Si supieras..., si supieras...

En realidad, Renée no sabe amar. Su primer abrazo es de una torpeza evidente: ni reticencia ni tardanza en el hecho de entregarse, tan solo innumerables titubeos que no tienen que ver con el pudor, sino, probablemente, con su torpeza. Pero lo brusco de la situación, las voces que se oyen abajo, en el patio, la cama revuelta, la ventana abierta, lo inverosímil de la hora... Todo hace de este momento amoroso algo curioso e ilógico.

*

Renée Rey tiene un cuerpo feo, manos muy delicadas de articulaciones finas y frágiles, piernas asustadizas, un rostro moreno, los labios quemados por una fiebre permanente y los ojos sombríos. Vestida tiene, a pesar del buen corte de sus vestidos, un aire torpe que los vuelve inadecuados y ajenos a ella. Solo por la

noche, cuando refresca y se echa por los hombros el chal de seda bordado que la cubre por entero, recupera esa gracia vegetal que Ștefan había observado, con indiferencia por otra parte, desde el primer momento. Desnuda parece mucho más joven de lo que es, y las caderas se le dibujan con crudeza, impúdicas, debido a sus largos muslos de adolescente.

—Renée, eres la mujer más desnuda del mundo.

—¡Qué tonterías dices! ¿Cómo puede estar una mujer desnuda más desnuda que otra mujer desnuda?

—Puede estarlo. Quizá tú no lo entiendas, pero puede. Porque estar desnudo no significa estar sin ropa. Hay mujeres desnudas y mujeres sin ropa. Tú eres una mujer desnuda.

Renée se enfurruña, fatigada por esta distinción que no entiende, y su enfado subraya aún más los afilados rasgos de su cara.

—¿Ha habido en vuestra familia algún tunecino?

—¿Uno de verdad?

—Sí.

—No ha habido ninguno. ¿Por qué?

—No lo sé. Hay algo en ti que no es europeo. No sé exactamente qué: el pelo demasiado áspero, el cuerpo demasiado frágil, la piel demasiado mate y los labios, estos labios que queman.

—Pues no. No lo ha habido. ¡Así somos todos por allí! Quizá sea por el sol...

A Ștefan le gusta arrimar la mejilla a su piel y pasarla por su cuerpo, ardiente unas veces, en las horas de pasión, frío otras, escurridizo y desapegado, como las hojas de las palmeras de interior. En los momentos de calma, cuando sus brazos la liberan, cansada, con los ojos cerrados, Renée se queda junto a él, ausente, extendiendo a su alrededor una gran sombra vegetal. Después, tarde, cuando él la busca, sufre un ataque inexplicable de pudor que le hace cubrirse la cara con las manos, apretar con desesperación sus muslos morenos, cerrarse en sí misma y rechazarlo, testaruda, absurda y violentamente, hasta que, por cansancio o por capricho, se entrega con una desvergonzada alegría infantil.

Después de su primera hora de pasión, arriba, en su habitación conyugal, una mañana que nadie había preparado, Renée Rey se refugió sin dar explicaciones en una perfecta actitud de esposa virtuosa.

—Señora Rey —le susurró Ștefan en la comida, de pasada—, he encontrado una habitación en la ciudad, en el barrio antiguo. Mañana, a las tres, organizaremos un breve paseo por el lago y, como por casualidad, nos perderemos del grupo. Vamos a ver la habitación ¿de acuerdo?

—No.

No había tenido tiempo de preguntarle el motivo de su negativa porque, precisamente en ese momento, se había acercado el señor Rey. Más tarde, cuando le pidió explicaciones, ella habló estúpidamente de sus remordimientos, de sus deberes... Lo cual no le impidió, en la sobremesa del día siguiente, cuando todo el mundo tomaba café en el patio, ir a su habitación, lanzarse en sus brazos, quitarse el vestido con unos gestos aterrorizados y besarlo caóticamente, murmurando de vez en cuando «como aparezca Marcel» con voz apasionada, como si fueran palabras de amor y no de miedo, y perderse entre sus brazos lanzando grititos de enfado, mientras que por la puerta entreabierta se oía a los que pasaban en ese momento por el corredor.

Ahora están en su habitación del barrio antiguo, adonde Renée no quería venir, pero ha venido. Una habitación de paredes blancas, muebles metálicos, ventanas abiertas, con una decoración carente de misterio, en la que la imagen del «marido ultrajado» resultaría tan ridícula que parecería hasta improbable. A veces, sin embargo, cuando hablan sobre Marcel Rey, Renée se cubre la cara y dice en un tono que no le es propio:

—¡Ah, no me merezco a un hombre como él!

Lo cual debe de ser una declaración recién adoptada, probablemente de algún espectáculo de la Comédie-Française de los que ha visto en su breve paso por París.

*

¿Han reparado los demás en esta aventura o no? Cualquier respuesta es posible ya que, aunque Renée ha sido imprudente y patética, Ștefan se ha mostrado comedido y perezoso. Pero, ¿se puede acostar una mujer joven con un hombre joven en una casa llena de gente ociosa, sin que se sepa? Por el momento, no parece haber ningún indicio. Se sigue hablando a veces de la señora Bonneau, lo cual aleja otras presuposiciones. El señor Rey sigue jugando al ajedrez igual de bien y sus apretones de mano no dejan traslucir ninguna sospecha. Tan solo Nicole, de repente, se echa a llorar cuando Ștefan le pregunta algo irrelevante.

—¿Por qué, Nicole? ¿Por qué?

El señor Rey la castiga inmediatamente porque «no se puede hacer nada en esta vida sin un motivo, ni siquiera llorar».

Es curioso este hombre, piensa Ștefan al contemplar cómo medita largamente los movimientos de las piezas de ajedrez. Mucho más curioso, en cualquier caso, que esta agotadora de Renée, voluble y apasionada. ¡Qué manos de campesino! ¡Qué mirada de guardabosques! ¡Qué silencio testarudo, monótono, sin sobreentendidos, sin preocupaciones!

Hubo una noche, en la ciudad, un espectáculo de opereta, y fueron todos. Habían quedado por la mañana en pasar «una velada mundana»: vestidos largos y chaquetas negras. Cuando se encontraron en el pontón para esperar el vaporcito, la aparición de Marcel Rey entre vestidos de seda y esmóquines fue penosa: llevaba una levita que estropeaba su porte de hombre joven y un sombrero de felpa demasiado grande, como prestado. Renée sufrió una ligera crisis de histeria mal reprimida y Ștefan sintió vergüenza de su propia elegancia, tan simple y tan triunfante. El hombro izquierdo del señor Rey está más caído que el derecho.

—Es imposible quitarle esa estúpida costumbre —se queja Renée.

—¿Por qué me la vas a quitar? Me he hecho a ella: sobre este hombro llevo la escopeta.

—¡La escopeta! —se sorprende asustado el señor Vincent.

—Sí, al amanecer y al anochecer, cuando hago la ronda por la plantación en Djedaida.

¡Djedaida! Cuántas veces no habrá intentado Ștefan Valeriu imaginarse la dura vida de aquel lugar, rodeado de su familia de antiguos colonos, con abuelos que vivieron las primeras guerras coloniales, con primas jóvenes que hicieron, hace ya mucho tiempo, un viaje a París y que se volvieron melancólicas desde entonces, con noches de fiesta en las que se reúnen todos en casa de los Rey para escuchar los discos en el gramófono, con noches de guardia en verano, a la espera del viento ardiente que sopla desde el desierto y que blanquea la corona de las palmeras con una ceniza fina, plateada bajo la luna...

—¡Ah! ¿Por qué no querrá Marcel que nos traslademos a París? Imagínate qué bien estaría. Iría a verte, saldríamos juntos, tomaríamos el té en Berry, en los Campos Elíseos...

—Tenías razón, Renée, no ha habido ningún tunecino en vuestra familia.

—¿Por qué lo dices?

—Por nada.

V

Odette Mignon tiene dieciocho años, lleva una boina azul que le cae oblicua sobre la nuca, un vestido desenfadado ceñido por un cinturón de piel y, en los pies, sandalias blancas sin medias.

Ştefan la conoció una noche en la terraza de la pensión cuando, mientras sus amigos jugaban en círculo con un aro y una cuerda, ella miraba, a un lado, cómo anochecía sobre el lago.

—¿Juegas con nosotros?

—Sí.

Entró en el corro y jugó de buena gana, cantando con todo el mundo cuando tocaba:

Il courre, il courre le furet

Le furet des bois joli...

El aro pasaba de mano en mano a escondidas y el jugador del centro debía adivinar quién lo tenía, lo que obligaba a los demás a pasarlo rápidamente de uno a otro, o a fingir que lo pasaban. El juego posibilitó que Renée Rey, junto a Ştefan, tuviera la ocasión legítima de apretarle la mano con fuerza; situación que, a su vez, le permitió a él dejarse coger unas cuantas veces para poder salir del corro y para, más tarde, colocarse junto a Odette, que jugaba en

serio, de buena fe, deportivamente, sin otros apretones de mano que los estrictamente necesarios.

*

Llovió todo el día y solo por la tarde, durante la cena, hacia las siete, se despejó un poco por la derecha del lago. A través de las ventanas del comedor se veían, lejanos, los montes violentamente iluminados por las llamaradas del ocaso.

—¡El arco iris! —gritó alguien, y todo el mundo saltó de la mesa: el señor Vincent con la servilleta al cuello; Renée, escandalosa; los niños, asombrados. Corrieron todos hacia la terraza, desde donde la maravilla se veía mejor: un arco iris inmenso, que coronaba el valle y coloreaba el lago de un azul seráfico. No permanecieron en su sitio más que Ștefan Valeriu, que siguió comiendo tranquilamente, y, en otro rincón del comedor, Odette Mignon, igualmente insensible.

—¿No te interesa ver el arco iris?

—No.

—Pero debe de ser bonito.

—Muy bonito y un poco trivial.

«Yo no habría encontrado esa palabra», piensa Ștefan, dirigiéndole a la chica un gesto de aprobación, con la admiración desinteresada con que un delantero saludaría a su compañero de equipo que acaba de marcar un gol.

*

Ștefan no se habría sentado en el coche junto a Renée Rey. Pero fue inevitable. Es un autocar para excursiones, con bancos paralelos de tres asientos. A la derecha de Ștefan, Renée; a la izquierda, Odette. El señor Rey está precisamente delante de ellos, junto al chofer, con una guía en la mano y ofrece, en voz alta, datos geográficos e históricos.

—¡Atención, Le Col de la Caussade! ¡Atención, Pont du Query! Mil ochocientos dieciséis metros de altura. No, perdón, mil setecientos dieciséis...

A veces apagan el motor para que saque una fotografía o para que filme algunos metros de película. Como aún no ha salido el sol y hace mucho frío, se han cubierto con mantas. Esto le brinda a Renée la ocasión de coger la mano de Ștefan y apretarla patéticamente, mientras que, a su izquierda, Odette agita las suyas libremente, en este aire fresco de las cinco de la mañana, para señalar a lo lejos un álamo o la cima de una montaña o, en el lago, la red de un pescador.

A Ștefan le deprime profunda, desproporcionadamente, esa mano prisionera y le parece que, si tuviera el valor de soltarse del cepo, sería feliz de repente. Siente el pesado brazo de la mujer, relajado, adormecido aún, y esa sensación de alcoba le parece obscena en este amanecer puro, vibrante de luz y sonoridad.

—Ya no me quieres.

—Que sí, claro que sí. —Y, si no supiera que es inútil, le diría que ahora se trata de otra cosa y que ella confunde estúpidamente cosas diferentes, muy diferentes unas de otras.

Se detuvieron, hacia el mediodía, en un monasterio en la montaña cerca de Grenoble —una *chartreuse*— e hicieron la obligada visita por las celdas, la biblioteca y la capilla, conducidos por un guía que señalaba con objetividad: aquí permaneció tres años en silencio San Bruno, aquí hay una vidriera del siglo XIII, aquí durmió una noche el Papa cuando atravesó las montañas camino de Aviñón...

Renée parecía muy interesada en las explicaciones y se quedaba rezagada del grupo, agarrada del brazo de Ștefan, al que pedía unas aclaraciones de más para, a continuación, escondida tras una puerta o en la esquina de un corredor, poder besarlo desprevenido. En una celda, Ștefan la sorprendió palpando las tablas de la cama y pensó entonces, con maldad, que en aquel

momento ella estaba calculando lo incómodo que debía de ser hacer el amor allí.

Solamente en Grenoble consiguió escapar del grupo, feliz por la inesperada libertad que se le ofrecía de pasear él solo por las calles de una ciudad desconocida, donde nadie lo conocía ni él conocía a nadie. Al pasar junto a los escaparates de las tiendas, volvía la cabeza para ver su reflejo en los cristales y aquella silueta alta le parecía la de un amigo reencontrado.

Se entretuvo en una librería hojeando las revistas y las novedades publicadas en esos dos meses en los que él había desaparecido del mundo, y pidió con avidez infinitos detalles al librero, que parecía asombrado por este cliente que no sabía nada y que quería saberlo todo.

A punto estuvo de no reparar en Odette Mignon, que también había venido a hacer compras y que estaba sorprendida por encontrarlo allí.

—Si quieres darme una alegría, déjame que te elija yo un libro. Y déjame que te lo regale. ¡Mira, por ejemplo éste!

Al tenderle el libro, él tuvo la sensación de que ese gesto de regalar algo borraba de golpe el recuerdo de aquella penosa mañana y que la redimía.

*

El señor Rey ha clavado en la pared del comedor un anuncio escrito a mano con letras grandes:

ESTA NOCHE, UN ÚNICO Y GRAN ESPECTÁCULO
CINEMATOGRAFICO EN LA TERRAZA DE LA PENSIÓN.
EN EL PROGRAMA, CORTOMETRAJES
ABSOLUTAMENTE INÉDITOS.

En efecto, le han llegado de París las películas que había enviado a revelar: todas las excursiones, todos los largos paseos por el lago, algunas sobremesas en la terraza... Hay un montón de escenas que habían olvidado y que creían definitivamente pasadas y que siguen existiendo, sin embargo, en esa caja de madera que ha venido con el correo. Todos tienen pánico escénico, como antes de un estreno, y pasan el tiempo hasta la noche hablando nerviosos, impacientes.

—¡Ya verás qué bonito va a ser! Solo espero que se vean bien. ¿Recuerdas el té en la cubierta, cuando dimos la vuelta al lago? Me encantaría saber cómo ha salido. Ya verás qué bonito, ya verás...

Los otros huéspedes de la pensión, ajenos a su grupo, participan también de la impaciencia general, ya que todo el mundo está invitado al espectáculo, como si fuera una especie de estreno de gala en la región. Antes de que anochezca, el señor Rey instala la pantalla y pone a punto el proyector. Renée, haciendo el papel de anfitriona, indica a cada uno cuál es su sitio, y conserva a Ștefan junto a ella tras haber colocado a Odette, casualmente, en la esquina opuesta, junto al señor Vincent y Nicole.

La primera parte de la película es recibida entre aclamaciones. Todos se reconocen en la pantalla y se saludan: las señoras con grititos de entusiasmo (*¡Ay! ¡Querida! ¡Mira! ¡No! ¡Eso no!*), los hombres con una sonrisa de ligera vanidad o —el señor Vincent, por ejemplo— con una explosión de risa, como si, a cada nueva aparición suya en la pantalla, se dijera: «¡Ah, esa sí que es buena!».

Ștefan se reconoce con dificultad en su imagen de la pantalla, irreal, como imposible. Le parece inverosímil que, mientras él está ahí, en el jardín, inmóvil en su silla blanca de mimbre, alguien, que también es él, ande, se ría libremente, más libre incluso que él mismo, fuera de su control para siempre.

Ahí está Marthe Bonneau, en una barca, ahí está Marc persiguiendo por la alameda a no se sabe quién; mira otra vez a

Marthe, real, cinematográfica, eternamente bella...

La escena cambia de nuevo: el paseo por Lovagy. («¿Te acuerdas, Ștefan? Fue al día siguiente de conocernos.») Pero, ¿por qué lo tiene siempre Renée, en la pantalla, cogido por el brazo? ¿Por qué se apoya ahora sobre su hombro? ¿De dónde este aire tierno que él ya no recuerda? No. Es imposible. No fue así. No podía ser así. Por entonces eran desconocidos. Él le hablaba con respeto. Ella le respondía con frialdad. Todo es irreconocible en la pantalla; todo es diferente, más animado, más cálido, más íntimo.

Cuanto más avanza la película —otras escenas, otros paseos—, más osados se hacen los gestos de la mujer de la pantalla, su aspecto, el de ambos, más cómplice, y todas esas imágenes rápidas, sin que tengan nada de flagrante, conservan un acento de exagerada y cómplice intimidad. Hay algo adulterino en todas esas fotografías pero ni siquiera sabría decir qué es. Quizá la mirada abierta de Renée, quizá la continua ausencia de su esposo, que no aparece por ninguna parte en la película, ocupado como estaba filmando siempre. A Ștefan le parece que se ríen menos a su alrededor, o quizá que lo hacen más fuerte, en todo caso y de forma notoria, con pudor, como si todo el mundo se hubiera enterado.

—Marcel, acaba ya. Podemos seguir mañana por la noche. Ahora es tarde.

—Pero ¿por qué, querida Renée? Son solo las once y todo el mundo se está divirtiendo. ¿No es así, señoras y señores? Y además no he proyectado ni la mitad. Mira esta escena, por ejemplo. ¿Recuerdas? En el barrio antiguo, cuando me quedé rezagado para comprar sellos...

—Marcel, por favor...

—... y tú seguiste caminando con el señor Valeriu. Mira, os filmé hasta que doblasteis la esquina.

¿Lo sabe? Si es así, ¿por qué está tan tranquilo? Si no, ¿por qué insiste en explicar cada pasaje y en dar esas penosas explicaciones que no le pide nadie? Ștefan Valeriu ya no entiende nada. Le da miedo levantar la mirada y, a veces, cuando siente dos ojos fijos en

él, se sobresalta abochornado. Solo la mirada de Odette Mignon lo busca, como siempre, clara y sin dobleces. Al menos ella no va a sospechar nada.

*

¡Cómo se simplifican las cosas cuando, por la mañana, en el lago, Ștefan se tumba en el fondo de su barca, abandonada a merced del agua con los remos sueltos! ¡Cómo se alejan y desaparecen los sobresaltos de arriba, de la pensión, sus pequeños dramas, las fatigosas heroínas! Solo Odette Mignon, compañera de remo y de natación, sin ropa, morena y camarada como un nuevo Marc Bonneau, interrumpe, en proa, el círculo azul que Ștefan sigue entre los montes a izquierda y derecha.

—¿La señora Rey es tu amante desde hace mucho?

—¿Amante?

—Sí. Te estoy preguntando si lleváis mucho tiempo acostándoos.

La precisión de la pregunta no deja sitio para ninguna respuesta. Además, Odette ni siquiera parece esperarla.

—Ah, a ese respecto los documentales del señor Rey han sido realmente documentales. Me encantaron. Si no te hubieras enfadado anoche, te habría tomado como compañero y habríamos jugado una excelente partida de observaciones.

—Créeme, fueron unos minutos verdaderamente incómodos.

—Lo sé. O más bien me lo imagino porque, personalmente, no podía hacer otra cosa que divertirme. Pero creo que exageras. Nadie se dio cuenta.

—¿Eso crees?

—Estoy segura. No había en la pantalla más que matices, ningún hecho. Ningún beso, por ejemplo, o algo así de irrefutable. Y no hay nadie entre nuestros amigos de ahí arriba que sea capaz de captar algo tan solo a partir de un matiz. Gente corriente que mira el arco iris...

—¿Y el señor Rey?

—Un misterio. Me intriga tanto que, si supiera que me va a responder, iría inmediatamente, así, como me ves, en traje de baño, mojada y despeinada, a preguntárselo. O es un hombre fuerte o es un imbécil.

—¿Cuántos años tienes, Odette?

—Ya me lo preguntaste una vez: dieciocho.

—Eres muy inteligente y sabes un montón de cosas.

—Soy virgen. Eso me ayuda a ser inteligente. Y, además, he vivido mucho tiempo sola. Mis padres se divorciaron cuando yo tenía doce años. Mi madre es aún joven. Mi padre es rico y ambicioso. Tanto ella como él han seguido buscando cada uno por su lado. Ambos me han hecho confidencias como amigos, como se le pueden hacer a una niña que ha crecido deprisa y que no les molesta en absoluto. He aprendido de ellos todo lo que sé: creo que a veces he conseguido darles a cambio algunos consejos útiles. A mi padre, cuando necesitaba una corbata nueva al comienzo de un amor; a mi madre, cuando su vida le parecía acabada por culpa de algún imbécil que la abandonaba.

—Eres un chico, Odette.

—Si tú lo dices...

—Un chico de boina azul, de vestidos blancos, de sandalias de suela de madera, de pelo rubio, de manos pequeñas y ojeras. Dame la mano y déjame que te la estreche como un camarada. Si hubieras sido un poco más fea, te habría dado un par de botas, te habría enseñado a fumar en pipa y nos habríamos ido al monte, a dormir por la noche en una cabaña, cada uno en un camastro, lejos del amor, de los desmayos y de las complicaciones psicológicas.

*

Renée Rey está enferma. Los estores de sus ventanas han permanecido todo el día bajados. Ha faltado al almuerzo y el señor Rey, que ha bajado solo con Nicole, ha comido taciturno y con apetito.

—Es un verdugo —ha dicho alguien, una señora de la pensión.

«Es un hombre simple», ha pensado Odette.

Hasta la escalera ha venido el médico, al que Renée no ha querido recibir, pero al que su esposo ha hecho entrar autoritariamente en la casa.

—Tengo que saber qué tiene.

«No tiene nada», ha sido la respuesta del médico al marchar, lo cual casi ha enfadado al señor Rey, que se paseaba sombrío por el patio dando grandes zancadas.

—Pues si no tiene nada, no debería hacerse mala sangre —ha observado con inocencia Odette.

—No tiene nada, pero está pálida; no tiene nada, pero no come; no tiene nada, pero se marea. Para ser la esposa de un granjero, se trata de una enfermedad demasiado sutil, señorita. Nosotros, allí, o estamos sanos o postrados. O estamos en pie o caemos. O estamos sanos de verdad o enfermos de verdad.

Poco después de la marcha del médico, mientras Odette escuchaba en la terraza las explicaciones del señor Rey, una criada viene a buscar al señor Ștefan Valeriu.

—La señora Rey le pide que suba sin falta.

La ha encontrado desnuda, tumbada en diagonal entre los dos lechos conyugales, muy pálida, pero con los ojos brillantes por la fiebre. La luz del ocaso, más atenuada aún por las pesadas cortinas que cubrían por completo las ventanas, aumentaba su palidez y lanzaba sobre los almohadones manchas de sombra.

—¿Estás enferma?

—No. Te quiero.

—Querida Renée, eso es muy bonito, pero, ¿es este el momento de decírmelo? ¿Ahora, cuando tu marido, alarmado, puede subir en cualquier momento? ¿Cuando toda la pensión tiene los ojos fijos en tus ventanas de enferma?

—Nunca entenderás nada. Toca mi mano y mira cómo ardo. Bésame. No sabes cómo te he esperado. Mi marido... la gente... ¡Tú te quedas aquí!

Su cuerpo se inclinaba suplicante y se abría hasta las más oscuras intimidades, hasta las más sordas raíces de la vida. Ștefan tenía la sensación de que, si se hubiera acercado a ella, no habría sentido ni sus labios ardientes ni sus lustrosas pantorrillas de árabe, sino la aorta palpitando con demasiada sangre, las venas abiertas para recibirlo, y el corazón como una herida.

Dudó una décima de segundo y, en la agitación que lo arrastraba hacia la mujer que tenía ante sí, la idea de que en ese instante se decidía algo definitivo creció en él como un grito y le hizo darse la vuelta bruscamente, abrir la puerta, dar un portazo al salir y bajar las escaleras, liberado.

*

En la cena, Odette ha encontrado en el comedor, sobre su mesa, un telegrama. Lo ha abierto y lo ha leído sin prisa.

—Es de mi padre. Viene en coche pasado mañana, de madrugada, para recogerme. Nos vamos a Antibes.

—¿Lo esperabas?

—No. Pero él tiene estos efectos teatrales, y sabe que me gustan.

*

Odette está arriba, en su habitación, adonde ha subido inmediatamente después de la cena para escribir unas cartas y para ordenar sus cosas.

—Quiero estar libre mañana todo el día y es mejor que prepare mi partida desde ahora. A mi padre no le gusta esperar. Buenas noches.

—Buenas noches. Yo me quedo. Pero, si quieres, más tarde, cuando me vaya a dormir, te llamo a la puerta para hablar un poco.

—Con mucho gusto.

Hacía mucho tiempo que Ștefan no estaba solo en la terraza por la noche. Quizá desde la marcha de la señora Bonneau, cuando aún no había empezado esta larga historia de amor.

«¡Qué bien se debía de estar entonces!», intenta recordar él, mientras contempla en la oscuridad la brasa de la pipa, que se enciende y se apaga rítmicamente como el latido del corazón. Estaría feliz de poder olvidar todo lo acontecido desde entonces, y limitar su memoria a esta noche envolvente, al fuego de su pipa.

Qué pena que no llueva. Se quedaría así, con el cuello desabrochado, con la cabeza descubierta, las mangas recogidas, apoyado en el tronco de un árbol, y dejaría que el agua le chorreara por el pelo, por la frente, por las mejillas, hasta sentirse, junto con la hierba de alrededor, parte de la noche de la tierra, de su insensibilidad total, lejos para siempre de los escrúpulos y los reproches, lejos de las ventanas tenuemente iluminadas de ahí arriba, donde esa mujer patética se abrasa víctima de un amor excesivo.

Pero no llueve, no va a llover, y la noche es insoportablemente hermosa, con ese lago teatral, con la luna llena y las estrellas reflejadas en el agua, con los montes plateados. «Nunca llueve cuando debe», observa Ștefan con despecho, y va a acostarse, contento en cualquier caso porque por el camino va a detenerse un cuarto de hora en la habitación de Odette, para hablar con ella de tonterías varias. Pero a su primer tamborileo en la puerta no responde nadie.

—¡Odette!

Sin embargo, en la habitación hay luz y oye claramente cómo alguien jadea al otro lado de la puerta, aguantando la respiración.

—¿Qué chiquillada es ésta, Odette? ¿Por qué no respondes?

—¡Ah, eres tú! Buenas noches.

—Buenas noches. Venía a charlar contigo.

—Ah, ya es tarde. No te lo tomes mal: tengo sueño.

—No me enfado, pero abre para que pueda saludarte.

Durante unos segundos, Ștefan aguarda sin saber muy bien si la situación le divierte o le molesta.

—Escucha, Odette. Ahora estoy hablando en serio: si hay algo que te impide verme, dímelo y me voy. Pero si no hay nada, ábreme un momento. Sólo quiero desearte buenas noches y luego me voy a acostar. Yo también estoy cansado.

—No me pasa nada, absolutamente nada, pero no te puedo abrir la puerta.

—¿Por qué?

—Porque no.

—Te advierto que no me voy de aquí hasta que me des una explicación como Dios manda o hasta que me abras.

La chica no responde nada más, pero a Ștefan le parece verla al otro lado de la puerta, enfadada, con los puños apretados y el labio inferior caído, y la sonrisa irritada que tiene siempre que, en una discusión, se siente desarmada.

—Que sepas que estoy esperando. Mira, he encendido la pipa, me he apoyado en la pared, me he metido las manos en los bolsillos y espero. Hasta la una, hasta las dos, hasta la mañana...

Odette ha apagado la luz. Probablemente se ha acostado y escucha desde la cama, muy atenta, para saber si él se ha ido o no. A veces, en voz baja, implorante, como si fuera una niña enfadada, susurra luchando con el sueño:

—Ștefan, ve a acostarte. Ștefan, es tarde. Ștefan, mañana estarás cansado...

Es ahora su turno de no responder, ceñudo y enfurruñado, decidido a no irse aunque sabe muy bien que la puerta no se va a abrir esa noche.

*

Ștefan Valeriu ha salido temprano y no ha vuelto hasta bien entrada la noche, después de la cena. Ha recorrido unos cuantos pueblos vecinos, ha fumado muchísimo y ha estado hablando muy

seriamente con unos cuantos campesinos sobre la cosecha y sobre el tiempo.

«Quizá no esté bien huir», ha pensado varias veces por el camino, pero las ventanas misteriosamente cerradas de Renée Rey alentaban, desde lejos, su huida.

—Es mejor. Es mucho mejor así.

En cuanto a esta Odette, quizá no estaría de más darle un tirón de orejas y decirle que su broma de anoche fue una proeza de niña malcriada que no le ha gustado nada en absoluto.

De vuelta en la pensión, le encanta que sea tarde, que el comedor esté vacío y que toda la gente se haya acostado. Luz tenue en las ventanas de los esposos Rey, oscuridad en la de Odette Mignon.

—¡Aún mejor!...

De todas formas, debería desearle buen viaje. Al día siguiente, antes de que amanezca, ella se habrá ido y, seguramente, no volverá a verla nunca más.

—A veces era graciosa...

Y, mientras sube a su habitación, se ríe al darse cuenta de que con ese «era» da ya por terminado el episodio de aquella chiquilla hermosa, un poco alocada y con ojeras. Está cansado como un mozo de cuerda y, con cada escalón que sube, le parece que se va acercando a una felicidad sin par: quitarse las botas, estirar los brazos desnudos y caer sobre la fría colcha de la cama. Quedan seis pasos, todavía dos más, ya no queda ni uno. Se apoya en el picaporte de su puerta, aprieta, abre, entra —todo con la voluptuosidad de un vagabundo que ha alcanzado su meta— y enciende la luz.

—Buenas noches, Odette.

¿Por qué no se ha sobresaltado? Lo lógico, lo natural, lo necesario, habría sido que se sobresaltara. Al menos eso: que se sobresaltara. La encuentra a esa hora en su habitación, en su cama,

desnuda, tranquila, familiar y, en lo que debería haber sido una reacción ruidosa, él no encuentra otra cosa que decirle más que eso:

—Buenas noches, Odette.

—Buenas noches, Ștefan.

Se acerca a ella, la besa en ambas mejillas, acaricia sus rodillas redondeadas y, a continuación, se quita la mochila.

—Estoy muy cansado. He caminado muchísimo hoy. ¿Me esperas desde hace mucho?

—Sí. Desde hace unas dos horas.

—¿Y no te has aburrido?

—No. He apagado la luz, me he desnudado y me he tumbado en la cama. Desde aquí hay una bonita vista del bosque.

Él seguía desnudándose, sin prisa, tranquilo.

—¿Algo nuevo en la pensión?

—Nada. La señora Rey tampoco ha bajado hoy, y el señor Rey ha preguntado por ti. Por la noche me he despedido de todos y he ido a cerrar las maletas. He dejado fuera el vestido del viaje y mira, mira cómo te has sentado encima.

—Perdona. ¿Apago la luz?

Se ha detenido, también él desnudo, ante la cama, tranquilo, sin nervios, sin pudor, cómodo con el cuerpo desnudo de ella, al que parece conocer desde hace mucho.

—Sí, apaga.

Se abrazan en silencio, ella se pierde por completo en sus brazos, él la envuelve de la cabeza a los pies, contento porque este cuerpo delicado y robusto no tiemble y no tenga prisa. Siente sus pechos tranquilos, oye el latido regular de su corazón, escucha su respiración acompasada. Los muslos de la chica se abren como alas, dóciles, pero su movimiento tiene algo de decidido.

Es un cuerpo obediente y atento, que sigue al suyo con confianza, respondiendo a las indicaciones de él con precisión, como las teclas de un piano. No se buscan el uno al otro en la oscuridad, no se pierden, no se hablan: todo es armonioso como el

crecimiento común de dos tallos. Y el grito de Odette, un solo grito, de dolor, de triunfo, de libertad, no los asusta ni a ella ni a él, limpio como es, afilado, y sale hacia el bosque por la ventana abierta para perderse entre los árboles, para despertar a una ardilla o para encontrarse en el aire con el maullido lejano de un gato montés, igualmente libre.

—¿Estás llorando, Odette?

No, no llora. Está tan solo más caliente y su cuerpo herido se deja caer un poco más hacia el de Ștefan, igualmente firme, igualmente decidido, pero con los hombros un poco más pesados y con las manos vencidas sobre las almohadas.

—¿Tienes sueño, Odette?

No, no tiene sueño. Nunca ha estado más despierta, nunca ha estado menos aturdida, nunca ha sido más consciente de todo lo que sucede. Mira, ésta es tu mano, ésta es mi rodilla, ésta es tu boca áspera, ésta es mi oreja, que besas sin asustarme, éste es tu omóplato, demasiado ancho, aquí está mi muñeca y más allá, mira, el santo amanecer que llega... Pronto, por la parte de Serrier, se oirá cómo se acerca un automóvil. Tendrá que irse, respondiendo al claxon que la llama desde abajo, desde la carretera.

¿Por qué no llora? ¿Por qué no le pide que la retenga aquí? ¿Por qué no se abraza más febrilmente? ¿Por qué permanece junto a él así y lo ama como por una eternidad y no como por una hora?

Odette Mignon está en el umbral, con el mismo vestido blanco, con la misma boina azul del primer día, lista para partir con la maleta de viaje en la mano.

—Que te vaya bien, Ștefan.

Se ha detenido en el umbral.

—¿Odette?

—¿Sí?

—Dime ahora por qué no abriste la otra noche.

Ella lo piensa un poco.

—No lo sé, Ștefan. ¡Te juro que no lo sé!

*

Ha llegado septiembre: un septiembre hermoso de luz lánguida. En el lago, ha disminuido el número de barcas. Se han arriado las velas, pasan menos barquitos blancos. Un cartel anuncia, en el pontón, que se ha suprimido el viaje de las 8.27 de la tarde. Cada día se cierran nuevas contraventanas en la pensión: la gente se va. Mañana por la mañana, ¿se abrirá esa ventana que hoy ríe al sol con las cortinas blancas al vuelo? ¿Y la que está a su lado? ¿Y la que está encima? Se cierran una tras otra como si se apagaran unas luces.

Renée Rey bajó hace unos cuantos días y suele pasear después de comer, a las dos, por donde da el sol, sola o con el señor Rey, quien la lleva del brazo sin decir una palabra. A veces se detiene para acariciar al perro de la casa, un perro pastor inmenso y lanudo. Está mucho más pálida, parece más alta y, cuando alguien la mira, sonríe convaleciente. Con Ștefan Valeriu ha intercambiado unas palabras triviales, y se ha mostrado no mucho más triste que con los demás.

—Se está tan bien fuera y tan mal ahí arriba. Echo de menos nuestro sol.

Parece que van a partir dentro un par de días. Han escrito a Marsella para preguntar cómo está el tiempo, ya que Renée necesita una travesía tranquila. Por la tarde, ella se queda en la terraza, tumbada en la *chaise-longue*, y el señor Rey y Ștefan juegan al ajedrez. Como en los primeros días. Bien entrada la noche se adivinan a lo lejos, mucho más allá del lago, las luces de la estación y, en torno a las doce, el tren que pasa hacia París como una serpiente articulada y fosforescente. Se detienen en medio de la partida y lo acompañan lejos con la mirada.

—Es una vida dura la que llevamos nosotros —dice de repente el señor Rey—. No lo lamento y no la cambiaría. Pero es dura. Estoy seguro de que Renée tiene lágrimas en los ojos al contemplar,

como nosotros, el paso de ese tren al que ella no va a volver a subir en quién sabe cuántos años. Quizá nunca. A mí eso no me asusta, pero, ya ve, siento algo, una especie de pena, que me da qué pensar. Se me pasará, lo sé. También a ella se le pasará. El trabajo lo oculta todo. El sol, las plantaciones, el desierto, el viento nocturno, los árabes... Pero tiene que entender que las cosas son muy diferentes aquí, que te atrapan fácilmente y que una mujer no puede resistirse...

Ha olvidado la partida y habla tranquilamente, con el ceño fruncido. Después, se levanta de repente:

—Me voy arriba a hacer el equipaje. Nos vamos mañana. Quédese con Renée hasta que yo vuelva.

Ştefan se dirige a la terraza. Distingue el chal de la señora Rey extendido en la oscuridad.

—El señor Rey está arriba y me ha pedido que te haga compañía. ¿Puedo?

—Por supuesto.

—Parece que os vais mañana.

—No lo sabía, pero es mejor así.

Él se sienta en la hierba y permanece un buen rato en silencio, escuchando la respiración de la mujer que está a su lado. Ha visto una luciérnaga, la ha cogido y la ha dejado en la palma de la mano para ver cómo el gusano apaga su farol, pero ella le ha pedido que se lo coloque en el pelo, y él así lo ha hecho. En la oscuridad, ese punto de fuego parece la piedra enorme de una peineta que apenas ilumina tenuemente lo que tiene cerca pero que resulta suficiente para coronar la cabeza de la señora Rey con una raya blanca.

Todo parece perfectamente apaciguado en el momento en que Renée se echa a llorar. Es un llanto bueno y amistoso al que Ştefan contribuye acariciándole las manos y aceptándolo sin hostilidad, como si fuera lluvia.

—¿Te vas a quedar mucho más, Ştefan?

—No lo sé. Espero noticias de mi país. Quizá una semana. Quizá más.

—¿No te molesta que llore?

—¿Por qué me iba a molestar, Renée? Es de noche. No te ve nadie. Y alguien tenía que llorar por todos nosotros.

*

Los días transcurren vacíos, sin novedad, dejando a su paso una impresión de casa deshabitada, sin muebles y con habitaciones que resuenan al paso de algún viajero solitario. La luz de la mañana es cruda como la clara de huevo, la luz de la tarde es cálida como el globo de cristal de las lámparas de petróleo. Ha llegado, desde Marsella, una fotografía de la familia Rey, enviada la víspera de embarcar, con saludos amistosos. Ștefan la ha puesto en el marco del espejo y piensa que, al partir, la va a dejar ahí. También ha llegado una carta para Odette Mignon y la patrona se la ha dado a él porque no sabe a qué dirección reenviarla. Tampoco él lo sabe. Es raro que Odette no le dijera nada al respecto, pero más raro aún es que él no se lo preguntara. En su habitación han encontrado olvidadas unas cuantas cosas: un bordado, un libro, una bufanda, tres o cuatro fotografías de aficionado. Aparece en ellas una Odette aturdida, con el vestido agitado por el viento, con la boina azul torcida, con las manos en el aire como para coger una pelota imaginaria. «Ha pasado como una chica que conoces en un tranvía», se dice Ștefan mirando por la ventana hacia el lago desierto, sobre el que un velero corre veloz como un pájaro asustado. Junto al pontón se ven algunas gaviotas volando bajo, rozando con el pecho la superficie del agua y elevándose después, desorientadas. Se oyen en las escaleras los pasos rezongones de Anette, la criada coja, que hace, antes de anochecer, la ronda por las habitaciones para ver si todo está en orden.

—Madame Bernard ha preguntado si no quiere que hagamos fuego. Ya ha llegado el frío y dicen que por la noche va a llover.